

nado el arroyo por el movimiento del día, encendía una reverberación ardiente encima de la villa y detrás de la muralla del resguardo. Y en aquel arroyo, en aquella atmósfera de hornillo, la arrojaban sola con sus niños. De una mirada abarcó los bulevares exteriores, á derecha, á izquierda, deteniéndola en los dos opuestos extremos, presa de un espanto profundo, como si en adelante, su vida hubiese de circunscribirse allí, entre un matadero y un hospital.

II

Tres semanas después, á eso de las once y media de la mañana, un día de hermoso sol, Gervasia y Coupeau, el plomero, hallábanse juntos tomando una ciruela en aguardiente en la taberna del tío Colombe. Coupeau, que estaba fumando un cigarrillo en la acera, la había obligado á entrar, al verla que volvía de llevar la ropa, y su gran cesto cuadrado de planchadora estaba en el suelo, junto á ella, detrás de la mesita de zinc.

Encontrábase la taberna del tío Colombe en la esquina de la calle de Poissonnieres del bulevar Rochecouart. La muestra contenía, en letras largas y azules, la sola palabra «Destilación», de un extremo á otro. En la puerta y en dos medios barriles había dos ramas de laurel llenas de polvo. El enorme mostrador, con sus filas de copas, su fuente y sus medidas de estaño, ostentábase al lado izquierdo de la tienda; y el vasto salón estaba ornado en derredor por grandes toneles pintados de amarillo claro, relucientes de barniz y con los aros y espitas de cobre singularmente lustrosos. Encima, sobre vasares, veíanse botellas de licor, bodegas de frutas, frascos de toda especie en buen orden, que ocultaban las paredes y reflejaban en el espejo sito detrás del mostrador sus colores vivos, verde manzana, oro pálido y laca suave. Empero la curiosidad de la casa hallábase, en el fondo, al lado opuesto de una valla de encina, en un patio cubierto de cristales; era el aparato de destilar que los parroquianos contemplaban cuando funcionaba, alambiques de largo cuello, serpentines hundiéndose debajo del sue-

lo; cocina del diablo ante la cual venían á extasiarse los obreros dados á la bebida.

En aquella hora, la del almuerzo, la taberna estaba desocupada. El tío Colombe, tipo rechoncho, de cuarenta años, con su chaleco de mangas, despachaba á una muchacha de unos diez años, que le pedía cuatro sueldos de aguardiente en una taza. Una sábana de sol penetraba por la puerta, calentando el suelo siempre humedecido por el escupir de los fumadores. Y del mostrador, de los barriles, de toda la sala, subía un olor licoroso, un vapor de alcohol que parecía espesar y obscurecer el volátil polvillo del sol.

Entre tanto Coupeau liaba un nuevo cigarrillo. Vestía muy limpio, con una americana y una gorrilla de tela azul, y reía, mostrando sus blancos dientes. Tenía la mandíbula inferior saliente, la nariz ligeramente achatada, sus ojos, de color castaño, eran hermosos, y el conjunto de su faz recordaba la expresión de un perro alegre y bonachón. Su espesa y abundante cabellera, naturalmente rizada, manteníase crespada. Su cutis conservaba la frescura de sus veinte años. En frente de él, Gervasia, vestida de orleans negro, con la cabeza descubierta, acababa de comer una ciruela que tenía cogida por el rabo con el extremo de sus dedos. Hallábase cerca de la puerta, en la primera de las cuatro mesas puestas en fila á lo largo de los barriles, en frente del mostrador.

Cuando el plomero hubo encendido el cigarro, apoyóse de codos en la mesa, adelantó la cara y contempló un instante, en silencio, á la joven, cuyo lindo rostro de rubia tenía aquel día una transparencia lechosa de fina porcelana. Después, aludiendo á un hecho conocido de ambos solamente, y discutido ya, preguntó sencillamente, á media voz:

—¿Conque no? ¿Decís que no?

—Positivamente, no, señor Coupeau—respondió tranquilamente y sonriendo Gervasia.—No creo que sigáis hablando de eso.—Me habéis prometido ser más razonable... Si tal hubiese sabido, habría rehusado vuestra invitación.

Coupeau no volvió á chistar; continuó contemplándola de cerca, con una ternura atrevida é insinuante;

apasionado sobre todo por las comisuras de los labios de la joven, lindos ángulos sonrosados, algo húmedos, que permitían ver el vivo rojo de su boca cuando sonreía. Gervasia, á pesar de esto, no retrocedía; permanecía plácida y afectuosa. Al cabo de un momento añadió:

—De seguro no pensáis en ello. Yo soy ya vieja; tengo un hijo de ocho años... ¿Qué haríamos los dos juntos?

—¡Pardiez!—murmuró Coupeau guiñando un ojo;= lo que hacen los demás!

La joven hizo una muestra de disgusto.

—¡Ah! ¿creéis que acaso sea eso siempre divertido? Bien se ve que no habéis vivido en familia... No, señor Coupeau, en cosas más graves he de pensar. ¡La broma no conduce á nada, sabedlo! ¡Tengo en casa dos bocas que llenar, y á fe que tragan! ¿Cómo queréis que críe á mis hijos si me entretengo en tonterías?... Y además, mi desventura ha sido para mí una buena lección. Los hombres, ahora, ya no me preocupan. No volverán á pescarme en mucho tiempo.

La joven se expresaba sin cólera, con gran cordura; fríamente, cual si ocupándose de algún asunto del trabajo tratara de demostrar que no podía almidonar un fichú. Veíase que aquella era una resolución tomada después de maduras reflexiones.

Coupeau, entre tanto, repetía:

—Mucha pena me dais... muchá...

—Sí, bien lo veo—repuso la joven,—y lo siento por vos, señor Coupeau... no os ofendáis. Si estuviese yo de humor para bromas, ¡Dios mío! primero sería con vos que con otro cualquiera. Parecéis un buen muchacho, sois simpático. Viviríamos juntos, ¿verdad? y tiraríamos tan adelante como pudiésemos? No me las echo de princesa ni digo que eso no hubiera podido suceder... Pero ¿á qué charlar de ello, si de tal cosa no tengo gana? Desde hace quince días estoy ocupada en casa de la señora Franconnier. Los chicos van á la escuela. Trabajo; estoy contenta... ¡qué demonche! lo mejor es continuar así.

Y se inclinó para coger su cesto.

—Me estáis haciendo charlar y la patrona me es-

pera... Ya encontraréis á otra ¡vaya! señor Coupeau, á otra más bonita que yo, y que no tenga que cargaros con dos muñecos.

Coupeau miraba el reloj, encuadrado en el espejo. Obligóla á sentarse, exclamando:

—¡No os marchéis aún! son las once y treinta y cinco... todavía tengo veinticinco minutos á mi disposición... No temáis que vaya á hacer tonterías; la mesa está de por medio... ¿Es decir, que me detestáis hasta el punto de no querer ni siquiera conversar un rato conmigo?

Dejó la joven otra vez su cesto, para no disgustarle y prosiguieron hablando como buenos amigos. Gervasia había comido antes de ir á lavar su ropa: Coupeau aquel día se había dado prisa en tragar su sopa y su cocido para venir á acecharla al paso. Gervasia, á la vez que contestaba complaciente, contemplaba por las vidrieras, entre los bocales de frutas en aguardiente; el movimiento de la calle, donde la hora del almuerzo amontonaba un vaivén extraordinario. En las dos ace-ras y en el angosto laberinto de casas, bullía un apresuramiento de pasos, de brazos columpiándose, un co-deo sin fin. Los rezagados, los obreros retenidos por el trabajo, con la faz hurafia por el hambre, atravesaban el arroyo á grandes zancadas, entraban en la panadería de enfrente, para salir luego, con una libra de pan en la mano y encaminarse á tres puertas más arriba, al «Veau á deux têtes», á comer un puchero de seis sueldos. Al lado de la panadería había una verdulera que vendía patatas fritas y almejas con perejil; un desfile continuo de obreras, vestidas con amplios delantales, llevaban cucuruchos de patatas y almejas en tazas; otras, lindas muchachas, con la cabeza descubierta y aire delicado, compraban manojos de rábanos. Cuando Gervasia se inclinaba veía también una tienda de tocino, llena de gente de donde salían muchachas llevando en la mano y envueltos en papeles grasientos, una chuleta empanada, unas salchichas y un trozo de morcilla caliente. Entre tanto, á lo largo de la calle, pringada de un lodo negruzco, aun en el buen tiempo, por el incesante pataleo de los transeuntes, veíanse algunos obreros saliendo ya de los bode-

30841

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

gones y bajando en grupos, bromeando, golpeándoles los muslos sus colgantes manos, repletos de comida, tranquilos y cachazudos en medio de los empujones de aquella baraunda.

A la puerta de la taberna se había formado un grupo.

—Vaya, Bibi la Grillade—preguntó una voz ronca;—¿pagas una ronda de «vitriolo?» (1)

Entraron cinco obreros y permanecieron en pie.

—¡Ea! ¡ladrón de tío Colombe!—repuso la voz.—Ya sabéis, del añejo, y no en cáscaras de nuez, sino en verdaderos vasos.

El tío Colombe, apacible, servía. Llegó otro grupo de tres obreros. Poco á poco las blusas se aglomeraban en el ángulo de la acera, estacionándose allí un momento y acabando por introducirse en la tienda, por entre las dos ramas de laurel grises de polvo.

—¡Qué necio sois! ¡no pensáis más que en porquerías!—decía Gervasia á Coupeau.—¿Quién duda que le amaba?... pero, después de la manera tan asquerosa como me ha abandonado...

Hablaban de Lantier, Gervasia no había vuelto á verle; pensaba que vivía con la hermana de Virginia, en la Glaciere, en casa de aquel amigo que debía montar una fábrica de sombreros. Por lo demás, no se preocupaba en ir en su busca. Su partida le había ocasionado, en un principio, vivo pesar; hasta le dieron tentaciones de arrojarse al agua; pero, actualmente, la reflexión había entrado, y con ella se encontraba mejor de lo que creyera. Quizás viviendo con Lantier no le hubiera sido posible criar á sus hijos, pues era un derrochador. Si se le ocurriese venir á dar un beso á Claudio y á Esteban, no le cerraría la puerta; pero eso sí, en cuanto á ella, antes la harían pedazos que permitirle que la tocara ni con la yema de los dedos. Y todo esto lo decía resuelta, con su plan de vida bien meditado, mientras Coupeau, que no perdía el deseo de poseerla, bromeaba, haciendo girar la conversación sobre suciedades y preguntándole acerca de Lantier cosas sumamente descocadas, tan jovial-

(1) Aguardiente.—Alusión á sus efectos corrosivos sobre estómagos acoholizados.

mente y enseñándole unos dientes tan blancos, que la joven no pensaba en defenderse.

—¡Vos erais la que le pegabais, ea!—dijo al fin, ¡oh! ¡sois muy mala! ¡zurráis al mundo enterol

Gervasia le interrumpió con una risotada, recordando que había zurrado de lo lindo á la grandullona Virginia. Aquel día hubiera estrangulado de buena gana á cualquiera. Y empezó á reir más fuerte porque Coupeau le refería que, desconsolada Virginia por haberlo enseñado todo, acababa de mudarse á otro barrio. El rostro de Gervasia, sin embargo, conservaba una dulzura infantil, y enseñando sus regordetas manos decía que no era capaz de hacer daño á una mosca, y si conocía lo que son golpes, era por haberlos recibido en grande durante su vida. Entonces habló de los primeros tiempos de su juventud en Plassans. No era lo que se llama una corrida; los hombres la fastidiaban; cuando Lantier la conoció, á los catorce años, agradóle aquello, porque él se llamaba su marido y ella creía que jugaban á matrimonios. Su único defecto, según ella aseguraba, era el ser demasiado sensible, amar á todo el mundo, apasionarse por personas que luego le daban mil desazones. Así, pues, cuando amaba á un hombre, no pensaba en la bagatela, anhelando únicamente vivir siempre juntos y muy felices. Y como quiera que Coupeau se sonreía y le hablaba de sus dos hijos, que de seguro no los había empujado al calor de las almohadas, dióle la joven algunos papirotazos en los dedos, añadiendo que, ciertamente, debería estar cortada con el mismo patrón que las demás mujeres. Sólo que era un error el creer á las mujeres pensando siempre en aquello, cuando, en realidad, el cuidado de la casa, el continuo trágico del interior, las derrengaba, haciendo que al acostarse estuvieran demasiado fatigadas para no dormirse en seguida. Por lo demás, ella se parecía á su madre, gran trabajadora, muerta de fatiga, y que había servido de bestia de carga á papá Macquart durante más de veinte años. Verdad es que ella era delgada, en tanto que su madre tenía unas espaldas capaces de derribar las puertas al paso; mas esto no le impedía parecerse á ella en su furor de encariñarse con las gentes. Hasta

la ligera cojera que padecía la había heredado de su pobre madre, á quien papá Macquart destrozaba á golpes.

Más de cien veces la infeliz le había referido las escenas nocturnas en que su padre, regresando borracho á casa, se portaba con una galantería tan brutal, que la descoyuntaba; y seguramente su concepción databa de una de aquellas noches, con su pierna en regazo.

—¡Oh! eso no es nada, apenas se nota—dijo Coupeau, por cortesía.

Gervasia meneó la barba; de sobra le constaba que se veía; á los cuarenta años caminaría encorvada. Después, con dulzura y sonriendo:

—¡Vaya un gusto el vuestro! ¡enamoraros de una cojal!

Entonces él, siempre apoyados los codos en la mesa, adelantó más la cara, y la requebró con más intencionadas frases, como para embriagarla. Pero ella decía siempre no con la cabeza, sin dejarse tentar, aun cuando apasionada por aquella voz mimosa. Y escuchaba, dirigiendo la vista á la calle, pareciendo interesarse de nuevo en el espectáculo de aquella multitud. En tanto, en las tiendas ya vacías, estaban dando una escobada; la verdulera retiraba su última sartenada de patatas fritas, mientras que el tocinero ponía en buen orden los platos esparcidos de su mostrador.

Grupos de obreros salían de todos los figones; mocetones barbudos se empujaban á pescozones, jugando como pilluelos, golpeando el suelo con sus gruesos zapatos claveteados, arañando la acera en un resbalón; otros, con las manos en el fondo de sus bolsillos, fumaban con aire reposado, mirando al sol, parpadeando. Era una invasión de las aceras, de la calzada, de los arroyos; una oleada perezosa fluyendo de las puertas abiertas, detenida á veces por los coches formando un rastro de blusas, de americanas y de gabanes viejos, pálido y desteñido bajo la sábana de rubia luz que penetraba á lo largo de la calle. A lo lejos sonaban las campanas de una fábrica; mas los obreros no se apresuraban, encendían sus pipas, y arqueadas las espaldas, después de haberse llamado unos á otros

desde una a otra taberna, se decidían á emprender el camino del taller, arrastrando los pies. Gervasia seguía con la vista á tres obreros, uno alto y dos pequeños, que volvían la cabeza cada diez pasos y al fin concluyeron bajando la calle, encaminándose en derechura á la taberna del tío Colombe.

—¡Vaya!—murmuró la joven,—¡tres que de seguro crían pelos en la palma de la mano!

—Toma—exclamó Coupeau,—al mayor le conozco; es Mess-Bottes, un camarada.

La taberna estaba llena de gente. Hablaban fuerte, con gritos que desgarraban el grasiento murmullo de las ronqueras. De vez en cuando un puñetazo dado en el mostrador hacía saltar los vasos. Todos ellos de pie, cruzadas las manos sobre el vientre ó echadas atrás, formaban los bebedores pequeños grupos, apretados unos contra otros; algunos, arrimados á los barriles, esperaban su turno, que tal vez tardaría un cuarto de hora, para pedir su ronda al tío Colombe.

—¡Calla! ¡el aristócrata de Codet Cassis!—gritó Mess Bottes dando una fuerte palmada en el hombro de Coupeau.—¡Un señorito que fuma papel y lleva camisa limpia...! ¡y que sin duda quiere «aplstar» á su «dama» ofreciéndole una «golosina!»

—¡Vaya, no me fastidiéis!—contestó Coupeau vivamente contrariado.

Pero el otro continuaba en fisga.

—¡Basta! ¡estamos al cabo, muchacho! ¡no digas más!

Y volvió la espalda; después de haber bizado terriblemente, mirando á Gervasia. Esta retrocedió un tanto asustada. El humo de las pipas, el fuerte olor que se exhalaba de todos aquellos hombres impregnaban el aire cargado de alcohol, y aquello la ahogaba, produciéndole una ligera tos.

—¡Oh! ¡qué feo es beber!—dijo á media voz.

Y contó que en otro tiempo bebía anisete en Plasans con su madre, pero que un día por poco se muere; y desde entonces no podía ver los licores.

—Ved—añadió mostrando su copa,—me he comido la ciruela; pero dejaré la salsa porque me haría daño. Coupeau, por su parte, tampoco comprendía que pu-

diesen beberse vasos llenos de aguardiente. Unā cñruela acá, otra acullá, eso no era malo. ¡En cuanto al «vitriolo», á la absenta y á las demás cochinas, abur! no eran necesarias. En vano sus camaradas se mofaban de él; aguardábales en la puerta, cuando los borrachones entraban en la «mina de pimienta» (1). Papá Coupeau, que era plomero como él, se había estrellado la cabeza contra el arroyo de la calle Coquenard cayendo, un día de borrasca, desde el alero del número 25; y este recuerdo, en la familia, les hacía á todos prudentes. En cuanto á él, siempre que pasaba por la calle Coquenard y veía aquel funesto sitio, antes hubiera bebido el agua del arroyo que una copa gratis en la taberna. Y concluyó con esta frase:

—En nuestro oficio es preciso tener las piernas muy sólidas.

Gervasia había vuelto á coger su cesto. Mas no por ello se levantaba; manteníalo apoyado en sus rodillas, con la mirada indecisa, pensativa, como si las palabras del joven obrero despertasen en ella recuerdos lejanos de existencia. Y dijo lentamente, sin transición aparente:

—¡Dios mío! ¡yo no soy ambiciosa, ni pido mucho!... Mi ideal sería trabajar tranquila, tener siempre un pedazo de pan que llevar á la boca, contar con un rincón algo limpio para dormir; una cama, una mesa, un par de sillas, nada más... ¡Ah! también quisiera educar á mis hijos, hacer de ellos buenos hombres, si posible fuese... Otro ideal hay aún, y es que no me pegasen si me decidía á vivir en familia; no, no me agradaría que me pegasen... A esto se reduce toda mi ambición.

La joven buscaba, interrogaba sus deseos, y no encontraba mayores aspiraciones. Sin embargo, después de un momento de vacilaciones, añadió:

—Sí, también se puede al fin tener el deseo de morir una en su propia cama... Yo, después de una vida de fatiga, moriría gustosa en mi cama y en mi casa.

Y se levantó. Coupeau, que aprobaba sus deseos, estaba ya de pie, inquieto por la hora que era. Mas

(1) Las tabernas son minas de pimienta ó botes de pimienta (N. del T. tomada de: *Le Sublime* de Poulot.)

no salieron en seguida; Gervasia tuvo curiosidad de ir á mirar, en el fondo, detrás de la valla de encina, el gran alambique de cobre, que funcionaba bajo los claros cristales del patio; y el plomero, que la había seguido, le explicó cómo marchaba aquello, indicándole con el dedo las diferentes piezas del aparato y mostrando la enorme retorta de donde caía un chorro límpido de alcohol. El alambique con sus recipientes de forma extraña, con sus tubos enroscados sin fin; ofrecía un aspecto sombrío; ni el más leve humo salía de él; apenas si se oía un respirar interior, un ronquido subterráneo; diríase que era una tarea nocturna desempeñada en pleno día, por un trabajador hurano, potente y mudo.

Entre tanto Mess-Bottes, acompañado de sus dos compinches, había venido á apoyarse de codos contra la valla, esperando á que quedase libre un ángulo del mostrador, con una risita de polea mal untada, meneando la cabeza, tiernos sus ojos y fijos sobre la máquina de emborrachar. ¡Rayo de Dios! ¡y qué bonita era! En aquel barrigón de cobre había lo suficiente para tener el gazañate en remojo ocho días. Por su parte, hubiera deseado que le soldaran el extremo del serpiente entre los dientes, para sentirse llenar de alcohol todavía caliente, y que le bajase hasta los talones, siempre, siempre como un arroyuelo. ¡Vaya! así no hubiera tenido que molestarse; aquello reemplazaría ventajosamente los dedales en que les servía de beber ese rocín de tío Colombel! Y los compinches se reían, diciendo que ese animal de Mess-Bottes tenía la lengua bien afilada. El alambique, sordamente, sin una llama, sin un tono alegre en los reflejos apagados de sus cobs, continuaba, dejaba fluir su sudor de alcohol, semejante á un manantial lento y terco que á la larga debiese invadir la sala, desbordarse á los bulevares exteriores, ó inundar el inmenso antro de París. Entonces Gervasia, presa de un estremecimiento, retrocedió; y procuraba sonreír, murmurando:

—¡Vaya una tontería! pues ¿no me da frío esa máquina?... La bebida me da frío...

Luego, volviendo á la idea de una dicha perfecta que acariciaba:

—¡Ea! ¿no es verdad? ¿cuánto más no valdría trabajar, comer pan, tener un rincón propio, educar á los hijos, morir en su lecho?...

—Y no ser zurrada—añadió jovialmente Coupeau.— Pero yo no os zurraría, si quisieseis, señora Gervasia... No hay miedo de ello ¡nunca bebo; y os amo demasiado!... Veamos ¿será esta noche? nos calentaremos los piecitos...

Había bajado la voz, y le hablaba al cuello, mientras ella se abría camino con su cesto, por en medio de los concurrentes. Pero todavía contestó que no, con la cabeza, repetidas veces. Sin embargo, se volvía, sonriéndole, pareciendo muy contenta al saber que Coupeau no bebía. De seguro le habría dicho que sí, á no haberse jurado á sí misma que no volvería á juntarse con ningún hombre. Por fin, alcanzaron la puerta y salieron. A sus espaldas la taberna continuaba llena, soplando hasta la calle el ruido de las voces roncadas y el olor licoroso de las rondas de vitriolo. Oíase á Mess-Bottes tratando de pillo al tío Colombe, acusándole de no haber llenado su vaso sino hasta la mitad. Y afirmaba que él era un buen republicano, un hombre excelente, aficionado al trabajo. Pero ¡bah! ya podía fastidiarse su patrón, que en cuanto á hoy no volvería á la jaula; estaba de flema. Y proponía á sus compinches ir al «Petit bonhomme qui tousse», otra mina de pimienta, de la barrera Saint-Denis, donde se bebía «chien» (1), perro puro.

—¡Aquí se respira!—dijo Gervasia al verse en la acera.—¡Vaya! adiós y gracias, señor Coupeau... Voy de prisa...

Iba á seguir el boulevard. Mas Coupeau le había tomado una mano, que no soltaba, repitiendo:

—Dad la vuelta conmigo; pasaremos por la calle de la Goutte d'Or, eso no os retardará gran cosa... He

(1) *Chien*, *Sacré Chien*.—Aguardiente tan malo, como fuerte. Decías^o y todavía se dice duro como perro, para designar, ya un líquido que raspe el gáznate al pasar, ya una vianda revelde á la masticación. No es, pues, de extrañar que el aguardiente ultra fuerte haya sido designado con el nombre de *Sacré chien* y de *chien* por abreviación.—(N. del T. tomada de *Rigad*.)

de ir á casa de mi hermana antes de volver á la obra... Nos haremos compañía.

La joven acabó por aceptar, y subieron lentamente la calle des Poissonnieres, uno al lado del otro, sin darse el brazo. Coupeau le hablaba de su familia.

La madre, mamá Coupeau, antigua chalequera, se ocupaba actualmente en servicios domésticos, á causa de la vista que se le iba perdiendo. Había cumplido sus sesenta y dos el 3 del mes anterior. El era el menor de la familia. Una de sus hermanas, la señora Lerat, viuda, de treinta y seis años, era florista y vivía en la calle des Moines, en Batignolles. La otra, de treinta años de edad, había casado con un constructor de cadenas, el cazurro Lorilleux. A su casa iba precisamente, calle de la Goute d'Or, en el gran caserón de la izquierda. Por las noches comía con ellos, lo cual constituía una economía para los tres. Ahora iba á avisarles que no le esperasen, porque estaba convidado á cenar por un amigo.

Gervasia, que le escuchaba, interrumpióle bruscamente para preguntarle:

—¿Conque os llamáis Cadet Cassis, señor Coupeau?

—¡Oh!—respondió éste,—es un apodo que me han dado los compañeros, porque generalmente tomo grosella, cuando me obligan á entrar en la taberna... Tanto da llamarse Cadet Cassis como Mess-Bottes, ¿verdad?

—Seguramente, y no es feo apodo Cadet Cassis—declaró la joven.

Y le interrogó sobre su trabajo. Actualmente trabajaba en el hospital nuevo detrás de la muralla del resguardo. ¡Oh! no faltaba tarea, y estaba en la seguridad de que no acabaría en todo el año. Pues ¡no había metros de canales que poner!

—Sabed—le dijo,—que cuando estoy allí arriba, veo el hotel Boncoeur... Ayer, cuando salisteis á la ventana, os hice señas con los brazos; pero no me visteis.

Habían andado ya un centenar de pasos en la calle de la Goutte d'Or, cuando Coupeau se detuvo alzando los ojos y diciendo:

—Ved aquí la casa... Yo nací un poco más arriba,

L'Assommoir—Tomo I—4

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERRREY, N. L.
1915

en el 22. ¡Pero esta casa no es una chica mole de obra! ¡es grande como el interior de un cuartell...

Gervasia levantaba la cabeza, examinaba la fachada. Sobre el nivel de la calle, la casa alzaba cinco pisos, cada uno de los cuales alineaba en fila quince ventanas, cuyas persianas negras, de hojas rotas, daban un aspecto ruinoso al inmenso lienzo de pared. Cuatro tiendas ocupaban los bajos; á derecha de la puerta, un bodegón grasiento; á izquierda un carbonero, un mercero y una vendedora de paraguas. La casa parecía tanto más colosal, cuanto que surgía entre dos pequeños edificios bajos, mezquinos, pegados á ella; cuadrada, parecida á una mole de argamasa groseramente amasada, pudriéndose y desmenuzándose á efecto de la lluvia, perfilaba sobre un claro cielo, por encima de los tejados vecinos, su enorme cubo, sus flancos no blanqueados, de color de barro, ofreciendo la interminable desnudez de fachada de cárcel, cuyas filas de adarajas semejaban mandíbulas caducas hostezando en el vacío. La atención de Gervasia fijábase sobre todo en la puerta, un inmenso portalón redondo, que se elevaba hasta el segundo piso, y daba paso á un profundo zaguán, á cuyo extremo veíase la pálida claridad de un gran patio. Por el centro de ese zaguán, empedrado como la calle, corría un arroyuelo arrastrando un agua de color de rosa claro.

—Entrad—dijo Coupeau,—que no os van á comer.

Gervasia prefería esperarle en la calle. Sin embargo, no pudo menos de penetrar en el zaguán hasta el cuarto del portero, que se encontraba á mano derecha. Y una vez allí, en el umbral, alzó de nuevo los ojos. En el interior, cuatro fachadas regulares de seis pisos cerraban el vasto cuadrado del patio. Eran unos muros grises, carcomidos por una lepra amarillenta, surcados de rebabas por el gotear del tejado, que subían desde el suelo hasta la techumbre sin una moldura siquiera; únicamente los tubos de desagüe se acodaban en cada piso, donde las bocas abiertas de las cañerías imprimían la mancha de su oxidada fundición. Las ventanas, sin persianas, mostraban vidrios desnudos, de color verdoso de agua sucia. Algunas, abiertas, ostentaban colgados colchones de tela de cuadros azules, to-

mando el aire; ante otras, sobre cuerdas tendidas, se cábase la ropa, toda la leña de un matrimonio, las camisas del marido, las chambras de la mujer, los pantalones de los chiquillos; una de las ventanas del tercer piso exhibía un pañal de niño, lleno de porquería. De arriba abajo las habitaciones, demasiado pequeñas, parecía como que reventasen hacia afuera, mostrando por todas las hendiduras indicios de su miseria.

En la planta baja, y al servicio de cada fachada, había una puerta alta y angosta, sin marco, abierta en plena argamasa, la cual daba paso á un vestíbulo agrietado, en cuyo fondo alzábanse en espiral los pedáños lodosos de una escalera con baranda de hierro; contábanse así hasta cuatro de ellas, indicadas por las cuatro primeras letras del alfabeto, pintadas en la tapia.

Los bajos estaban ocupados por inmensos talleres, cerrados por vidrieras ennegrecidas por el polvo; la fragua de un cerrajero despedía su viva llama; no lejos de éste, oíanse los golpes del cepillo de un carpintero, y contiguo á la portería, un laboratorio de tintorero soltaba á borbotones aquel arroyo de agua de color rosa claro que corría á lo largo del zaguán. Salpicado por charcos de agua teñida, virutas y residuos de carbón, sembrado de hierba en su perímetro, entre las junturas de las piedras, recibía el patio una claridad cruda, partida en dos por la línea en donde se detenía el sol. En la sombra, alrededor de la fuente cuyo grifo mantenía una continua humedad, tres polluelos picoteaban, buscando con sus patas llenas de barro, gusanos de tierra.

Y Gervasia paseaba lentamente su mirada, bajándola del piso sexto hasta el patio, y volvía á alzarla, sorprendida ante aquella enormidad; pareciéndole encontrarse en el centro de un órgano viviente, en el corazón de una ciudad, interesándose por la casa, como si se hallase enfrente de una persona gigante.

—¿Pregunta la señora por alguien?—gritó la portera, curiosa, apareciendo á la puerta de su cuarto.

La joven contestó que aguardaba á una persona; y se dirigió hacia la calle, mas viendo que Coupeau tardaba, volvió á entrar, como atraída, y se puso á

mírar nuevamente el interior. No le parecía fea la casa. Entre los pingajos colgados de las ventanas, destacábanse alegres algunos sonrientes matices, un alelí en flor en un tiesto, una jaula de canarios de donde se exhalaban graciosos gorjeos y algunos espejillos de afeitarse reflejando en el fondo de la sombra brillos de estrellas redondas. En el piso bajo un carpintero cantaba acompañado por los silbidos regulares de su garlopa, mientras que, en el taller de cerrajería, el cadencioso golpeteo de los martillos en el yunque producía un son de argentino repique.

Además, en casi todas las abiertas ventanas, sobre el fondo de la miseria entrevista, veíanse niños de rostros risueños, aunque sucios, y mujeres que cosían, inclinados sobre la labor sus tranquilos perfumes. Era el reanudar de la tarea después del almuerzo.

Las habitaciones de los hombres, que trabajaban fuera, estaban vacías y la casa había recobrado aquella gran paz interrumpida únicamente por el ruido de los talleres, por el cantar de una copla, siempre la misma, repetida horas enteras. Solamente encontraba algo húmedo el patio; si hubiese vivido allí, seguramente habría preferido Gervasia una habitación en el fondo, donde daba el sol.

Adelantando cinco ó seis pasos más hacia el interior, aspiró ese olor soso de las viviendas pobres, un olor de polvo antiguo, de suciedad rancia; pero, como quiera que al tal olor le dominaba el acre de las aguas del tinte, encontraba que aquello olía menos mal que en el hotel Boncoeur. Y elegía de antemano su ventana, una ventana en el ángulo de la izquierda, donde rebasaba una pequeña caja, plantada de judías de España, cuyos delgados tallos comenzaban á enroscarse en derredor de una red de bramante.

—Os he hecho esperar mucho, ¿eh?—dijo Coupeau, cuya voz oyó de improviso Gervasia junto á ella.—Es toda una historia, cuando no como con ellos, tanto más cuanto que hoy mi hermana había comprado ternera.

Y al ver que la joven se había sorprendido á su repentina llegada, continuó, paseando á su vez sus miradas por el interior del patio.

—¿Contemplabais la casa? Siempre está alquilada de arriba á abajo. Lo menos tiene trescientos inquilinos... Si yo tuviese muebles, hubiera alquilado un cuartito... Se estaría bien aquí, ¿verdad?

—Sí, muy bien—murmuró Gervasia.—En Plassans no tenía tanta gente nuestra calle... Ved qué bonita está aquella ventana, en el quinto piso, con sus judías.

Entonces él, siempre tercó, volvió á preguntarle si quería. Tan luego como poseyesen una cama, se vendrían á vivir allí. Mas ella se alejaba, apresurándose á salir del zaguán, y rogándole que no volviese á empezar con sus tonterías. Antes se hundiría la casa, que accediese ella á acostarse bajo la misma sábana que él. Sin embargo, Coupeau, al separarse de ella ante el taller de la señora Fauconnier, pudo retener un instante en su mano la de la joven, que se la abandonaba como á un buen amigo.

Por espacio de un mes, continuaron las buenas relaciones de la joven con el obrero plomero. Esté la encontraba singularmente animosa cuando la veía matarse trabajando, cuidar de sus hijos, y emplear parte de sus noches en tareas de costura. Mujeres, no faltaban, eso sí, sucias, novilleras; pero ¡por vida! lo que es ella no se les parecía en nada y tomaba la existencia muy por lo serio! Entonces Gervasia se reía, defendiéndose modestamente. Por desgracia, no siempre había sido tan cuerda. Y aludía á su primer parto á los catorce años, deplorando los litros de anisete bebidos con su madre en otro tiempo. Era una equivocación el suponerle una voluntad enérgica; muy al contrario, era muy débil y se dejaba empujar á donde la arrastraban, por temor de disgustar á alguien. Su sueño dorado consistía en vivir entre gente honrada; porque, decía, las malas compañías eran como un golpe de maza, que tal como éste aplasta un cráneo, así aplastaban á una mujer en un decir Jesús. Dábale escalofríos el pensar en el porvenir, y comparábase con un sueldo arrojado al aire y cayendo de cara ó cruz, según los azares del empedrado. Todo cuanto había visto ya, los malos ejemplos exhibidos ante sus inocentes ojos de niña, servíanle de severa lección.